



Los casos
del comisario Collura
Andrea Camilleri

Tras resultar herido en un tiroteo, el comisario de policía Vincenzo Collura, conocido por todos como Cecè, acepta encargarse de la seguridad de un crucero que surca las aguas del Mediterráneo mientras se recupera de sus heridas.

Sin embargo, al poco de embarcar, deberá enfrentarse a ciertos misterios que harán de su posición en el barco algo muy necesario. Entre falsos cantantes, fantasmas que aparecen misteriosamente, intercambios de gemelos, cadáveres desconocidos y un robo de joyas de incalculable valor, Cecè se encontrará, una vez más, teniendo que confiar en su olfato y en sus células grises para dar con los culpables.

Un crucero en el que todo puede pasar. Un caso para el comisario Collura, un investigador sin igual.

Índice

El misterio del falso cantante

El fantasma en el camarote

Trampa de amor en primera clase

Guapa, joven, desnuda y prácticamente asesinada

Un ramo de mujeres para el petrolero Bill

Las joyas al fondo del mar

¿Qué ha pasado con la pequeña Irene?

La desaparición de la viuda inconsolable

Entrevista sobre el comisario Collura al cuidado de Giovanni Capecchi

Nota al texto

El misterio del falso cantante

El comisario de a bordo se llamaba de nombre Vincenzo (para los amigos Cecè) y de apellido Collura. En realidad, Cecè Collura nunca había ejercido de comisario de a bordo, es más, hablando claro, nunca había puesto un pie en un crucero. Ni siquiera en un barco mercante, si queremos ser completamente sinceros. Como pasajero, dejando de lado una treintena de travesías del estrecho de Mesina que no se pueden calificar como «navegación», tenía en su activo algunos viajes de ida y vuelta con el transbordador Nápoles-Palermo. Y basta. No era hombre de agua, sino de tierra firme. En efecto, cuando tenía que viajar, cogía siempre el tren, el avión le daba miedo incluso mirarlo parado en el aeropuerto. Algunos meses antes, Cecè Collura había sido comisario, pero de policía, hasta que se había ganado un buen disparo en el hígado durante un tiroteo con unos atracadores de banco. Después del hospital y la convalecencia, le habían concedido seis meses de descanso. A un pariente suyo, que tenía intereses en un grupo naviero, se le había ocurrido hacerle la propuesta de pasar una parte del período de reposo como comisario de a bordo. No teniendo que rendir cuentas a ninguna mujer y encontrándose momentáneamente libre de vínculos femeninos, se había sometido a un curso acelerado para darse un barniz de aquello que iba a hacer, y se había embarcado. Pero había pedido que lo acompañara un adjunto de larga experiencia, y habían atendido a su demanda. Como pudo ver de inmediato, este adjunto, un cuarentón triestino, conocía su oficio. Cuando resolvía el problema de un crucerista, por regla general, se dirigía a Collura:

—Usted está de acuerdo, ¿verdad, comisario?

Y Cecè, después de mirarlo a los ojos para ver si había el más mínimo rastro de ironía, bajaba la cabeza en señal de asentimiento. Aprendió rápidamente del triestino la mejor manera de comportarse con los pasajeros. Como comisario de policía podía concederse, de vez en cuando, unos tonos bruscos, evasivos y distantes: aquí esta gradación le era negada, estaba totalmente al servicio de aquellos que habían pagado el billete. Habían pagado y exigían. En las primeras veinticuatro horas, su adjunto aplacó con habilidad malhumores, escuchó recriminaciones y prometió fulminantes soluciones. Luego el largo tiempo de la navegación por un mar que parecía una balsa los contagió a todos, acabaron los choques y roces, empezaron los nuevos conocidos. Y fue justo uno de los nuevos conocidos de Cecè, la señora Agata Masseroni, casada, la que lo hizo tropezar con una situación por lo menos extraña. Cuando los McGivern, los Donandoni y los Distefano asistían al más lujoso de los tres restaurantes, tenían sitio en la mesa del comisario, quien, durante las comidas, debía entretener con amabilidad a los huéspedes. Cecè intentó una sustitución, pero su adjunto le hizo notar que aquella era una tarea que correspondía con absoluto derecho al comisario, toda una tradición crucerística se habría alterado irremediablemente si en vez del titular se hubiera presentado el adjunto. Míster McGivern, que poseía algunos pozos de petróleo en Texas, a las nueve de la noche en punto iba a acostarse, poco después lo seguían los Donandoni (él nonagenario, ella octogenaria), mientras que los Distefano, una pareja de cincuentones, tenían pasión por el baile y, por eso, comían deprisa y luego desaparecían para abandonarse a su vicio preferido. Así quedaban cara a cara la señora Agata Masseroni, que nunca tenía ganas de dormir, y Cecè. En la segunda noche, la señora Agata preguntó al comisario:

—¿Me acompaña a oír a Joe Bolton?

¿Quién era? Cecè hizo un esfuerzo y al final recordó que había un cantante que debía entretener a los pasajeros. A

bordo los cantantes eran cuatro; los prestidigitadores, dos; los animadores, ocho; más un ejército de músicos de orquesta.

—¿Es bueno?

La señora Agata elevó los ojos al cielo.

—Divino, me dicen. Esta mañana todos hablaban de él. Y, entonces, ¿qué hace, comisario, me acompaña?

Llegaron cuando Joe Bolton estaba exhibiéndose ante una platea no demasiado joven, el promedio de edad de los presentes oscilaba en torno a la cincuentena. Y se entendía, porque aquel cantaba canciones de los años sesenta. ¿Cantaba? Después de haberlo oído media hora, Cecè se planteó la pregunta. Joe Bolton no tenía voz, pero lo compensaba; de algún modo misterioso lograba convencer a todos de que, solo si hubiera querido, habría podido soltar un do de pecho capaz de romper una lámpara de araña. No lo hago, parecía decir, por discreción y elegancia. Y todos le daban su confianza. Y aplaudían frenéticamente, sobre todo las mujeres, con los ojos humedecidos. «Es un seductor —concluyó Cecè—. Uno de esos que, si se empeñan, son capaces de convencerte de que la luna es cuadrada». Algunas horas después, mientras estaba en su camarote, a punto de conciliar el sueño, le volvió a la memoria el cantante. Se lo representó: debía de ser un sesentón bien conservado, no muy alto, distinguido, con los ojos de un azul intensísimo, denso pelo rojizo estriado de blanco y delgados bigotes. Un momento. Bigotes. ¿Qué hacía Joe Bolton con sus bigotes? Formulada la pregunta, Cecè se dio la respuesta: «¿Qué quieres que haga? Entre una canción y otra se los acaricia, como todos». «Eh, no —espetó el otro Cecè que dialogaba con él—. No los acariciaba, los presionaba sobre el labio superior». «¿Y eso qué quiere decir? —se preguntó Cecè—. Se los acariciaba así». «Óyeme, Cecè —le respondió el otro Cecè—, si el gesto hubiera sido normal, no te habría llamado la atención. Sé valiente y afronta la verdad: ese hombre tenía bigotes postizos y mal pega-

dos. ¿Y quieres saberlo todo, Cecè? Tu ojo de poli no ha fallado: llevaba una peluca y lentes de contacto. Eso es suficiente para transformar a una persona». Muchas otras fueron las preguntas que Cecè se planteó aquella noche, pero una más insistente que las otras: ¿por qué alguien que quiere camuflarse con unos bigotes no se los deja crecer, en vez de ponérselos falsos? La respuesta no podía ser más que esta: Joe Bolton no había tenido tiempo de dejárselos crecer, o no había querido, antes del embarque, que lo viesen tan transformado. A la mañana siguiente, apenas entró en su despacho, preguntó al triestino:

—Joe Bolton es un nombre artístico, ¿verdad? ¿Cómo se llama en realidad?

Le pareció, pero sin duda se equivocaba, que su adjunto había hecho un gesto de sorpresa. El triestino puso en marcha el ordenador, chisme con el que Cecè tenía escasa familiaridad. Apareció la foto del cantante, idéntica al Joe Bolton de carne y hueso. La diferencia era que se llamaba Paolo Brambilla, había nacido en Milán en 1939 y era de oficio cantante. Seguía la dirección. Cecè advirtió que no estaba marcado el número de camarote.

—¿Dónde duerme?

—Bah, me parece que en un camarote de cuatro, con otros cantantes.

Había algo que no cuadraba. Y no cuadraba sobre todo la actitud de su adjunto, entre evasivo e incómodo. Decidió no hablar con el triestino de sus dudas. Por la noche, después de la cena, fue él mismo quien propuso a la señora Agata volver a oír al cantante. Se tragó el repertorio de Bolton hasta pasada la medianoche, cuando la señora Masseuroni de McGivern hacía tiempo que había alcanzado el petrolífero lecho conyugal. Siguió discretamente a Bolton al bar, donde el cantante se bebió dos whiskies propiciadores del sueño; lo siguió aún mientras aquel entraba por el pasillo de los camarotes de superlujo. Lo vio abrir la puerta con la llave, entrar y cerrar. Se quedó atónito. ¿Era posible que

Bolton tuviera tanto dinero como para poder concederse semejante camarote? No, había otra explicación: sin duda, allí había alguna rica señora a la cual el cantante concedía sus favores. Al día siguiente, a primera hora de la mañana, entró en su despacho; el adjunto aún no había llegado y preguntó al oficial de guardia:

—¿Quién ocupa el número 10?

El oficial consultó el ordenador.

—Nadie. Consta que está vacío.

Eh, no. No le estaban diciendo toda la verdad. Y ahora resultaba que Joe Bolton podía tener tapaderas y complicidades. En aquel momento el triestino entró en el despacho.

—Tengo que hablarle. A solas —espetó Cecè, con brusquedad. Fueron al cuarto de atrás—. Ahora usted me dirá todo sobre Joe Bolton. Y trate de no tomarme el pelo, ya lo ha hecho bastante.

El adjunto se ruborizó.

—Perdóneme, comisario, tiene razón. Pero he recibido órdenes precisas. Nadie podía pensar que su olfato de policía le haría sospechar.

—¿De qué?

—Hable con el comandante, si lo cree oportuno.

—¡Claro que hablaré con él! —se enfureció Cecè, cogiendo el auricular del teléfono interno. Apenas oyó el nombre de Joe Bolton, el comandante le dijo a Cecè que subiera de inmediato al puente de mando.

—Este Bolton, que en realidad se llama Brambilla... —empezó, fuera de la gracia de Dios.

—Llamarse Brambilla no es un delito, ¿no le parece? —Lo dejó helado el comandante, sereno.

—No será un delito, pero, con franqueza, es un tipo equívoco. ¿Lo sabe? Lleva peluca, lentes de contacto y bigotes postizos. Se ha maquillado porque no quiere dejarse reconocer, ciertamente tiene algo que esconder.

—Es verdad. Mire, comisario, podría decirle que todo está en orden y que del asunto respondo yo. Total, está previsto que el señor Bolton desembarque en la próxima escala. Pero quiero rendir homenaje a su mirada aguda. ¿Sabe qué se oculta detrás del nombre Brambilla?

—¿Por qué, también eso es falso? —preguntó Cecè, pálido.

—Sí, lo es. El verdadero nombre de Bolton-Brambilla es...

Dijo el nombre. Y Cecè Collura palideció.

—Pero ¿cómo? —balbuceó apenas recuperado—. ¡Un millonario! ¡Alguien como él! Alguien que ha sido presidente del...

El comandante levantó una mano para interrumpirlo.

—¿Usted sabe cuáles fueron sus comienzos? Cantaba, como ahora, en los cruceros. Ha querido recuperar un poco de su juventud. ¿Vamos a condenarlo por eso?

Cecè extendió los brazos, saludó y salió. Pero inmediatamente fuera del camarote del comandante le asaltó un pensamiento. Él era un falso comisario de a bordo. Joe Bolton era un falso cantante. ¿Cuántos otros «falsos» había a bordo? ¿Y aquel crucero era verdadero o virtual?

El fantasma en el camarote

Después de una semana de navegación, Cecè Collura ya no soportaba al periodista *freelance* Davide Birolli, quien, vete a saber por qué, se le había pegado como la peor de las sanguijuelas, hasta el punto de que había habido un momento en que el comisario de a bordo había tenido la tentación de dejarlo todo y desembarcar en la primera escala. Este Birolli, trentino, ojos saltones detrás de las gafitas, pelo perennemente recorrido por una corriente eléctrica de 350 voltios, había sido contratado por la empresa naviera (comida y alojamiento gratis, considerable cheque final) para que escribiera una serie de artículos costumbristas en beneficio de la idea de que viajar por mar suponía el máximo bienestar que uno podía permitirse. Pero la empresa naviera no se había informado bien de cómo pensaba el periodista, quien, apenas puesto un pie en el barco, se había proclamado, a diestro y siniestro, hombre y pensador de la izquierda más irreductible. Fuertemente crítico hacia el concepto mismo de crucero, que él definía como «un viaje inmóvil» y a veces también «un viaje parasitario hecho por parásitos», iba a ver a Cecè Collura en su despacho y se quedaba todo el santo día.

—¿No cree también usted, comisario, que estos cruceros son terriblemente reaccionarios?

—¿En qué sentido, perdone?

—En el sentido de que en cada crucero todo lo que sucede es muy sabido, masticado y combinatorio. La imaginación es asesinada por una especie de senilidad colectiva. Es siempre la misma papilla.

«Papilla que tú te zampas —pensó Cecè Collura— sin ganártela: aún no has escrito una línea».

—Lo inocuo, lo tranquilizador son reaccionarios porque no producen dudas.

—¿Tiene presente el *Titanic*? —le preguntó Collura, al que ya le había roto todo lo rompible.

—Sí. ¿Y bien?

—¿Ese, en su opinión, fue un crucero progresista?

El otro se distrajo un momento y el comisario aprovechó para ponerse a hablar con su adjunto.

Una noche, el penetrante timbre del teléfono lo despertó. Encendió la luz y miró el reloj: las cuatro de la mañana. Era su adjunto.

—Comisario, ¿puede venir al despacho? Hay una emergencia.

El adjunto no era una persona que hablara por hablar, quería decir que la cosa era seria. En el despacho había una anciana que llevaba una bata de primera clase y parecía muy agitada.

—¿Me permite, comisario? —espetó el triestino. Fueron al cuarto de atrás, lugar donde no se admitían pasajeros y equipado con teléfonos por satélite, varios ordenadores e internet.

—La señora sostiene que ha visto un fantasma.

—¿Dónde?

—En su camarote. Estaba durmiendo, se ha despertado y lo ha visto. Ha saltado de la cama.

—¿Había bebido?

—Parece que no, dice que es abstemia.

—¿Se droga?

—¿A su edad?

—Amigo mío, ¿no se ha dado cuenta de que hoy los viejos hacen lo que sea para no parecerlo? En resumen, ¿qué quiere?

—Quiere cambiar de camarote.

—Está bien, trasladémosla y asunto terminado.

—No es tan sencillo, comisario. La señora estaba aterrizada, mientras huía se ha puesto a gritar, ha recorrido

adelante y atrás el pasillo antes de que la detuviera una camarera. Otros pasajeros se han despertado, han salido de los camarotes... Por desgracia, también estaba ese periodista. Me ha costado hacer que volviera la calma. Habría que inventarse algo para tranquilizarlos. De otro modo mañana todos los que ocupan los camarotes del pasillo 22c querrán cambiar de sitio.

—Vamos a hablar con esa vieja loca. Pero antes déjeme ver su ficha.

Resultó que la señora, en realidad señorita, Candida Meneghetti era una jubilada de setenta y siete años, residente en Bolonia. Viajaba sola.

—Señorita Meneghetti —empezó el comisario, que no sabía cómo comenzar y terminar el discurso—. ¿Se encuentra bien?

—Me encontraba muy bien antes de poner un pie en este maldito barco. Me asusté tanto que por poco me quedo tiesa.

—¿Podría describir la cosa..., el fantasma? ¿Cómo era?

—Normal. Clásico.

—¿Se puede explicar mejor?

—Bah, haga cuenta de que es una sábana que está derecha, sola. A la altura de los ojos tenía como dos bolitas fosforescentes. Por Dios, ¡me siento mal de solo pensarlo!

—¿Dónde lo ha visto?

—Estaba a los pies de la cama. Fluctuaba.

—¿Ha dicho algo?

—¡Por supuesto! Me dijo, con voz cavernosa: «¡Candida, baja de este barco mientras estés a tiempo!».

—¿Usted lo conocía? —se entrometió el adjunto.

—¿Por qué habría debido conocerlo? —se enfadó la señorita.

—Bah..., no sé..., dado que la tuteaba...

—¡Qué razonamientos! ¡Todos los fantasmas tratan de tú!

—¡Ah! —espetó el comisario—. Por tanto, usted está familiarizada con los fantasmas. ¿Había visto otros antes?

—Nunca. Pero he leído algunos libros sobre el tema. Ahora que me hace pensar, el padre de Hamlet...

Cecè Collura se apresuró a interrumpirla, solo faltaba Hamlet en aquella historia de tuertos.

—Venga con nosotros, vamos a ver su camarote.

—¡Ni en sueños! Tengo miedo. Vayan ustedes, yo me quedo aquí.

—¿Tiene la llave?

—¡Cómo iba a pensar en coger la llave, en aquel momento! Está abajo.

Cuando llegaron al pasillo 22c encontraron a Davide Birrolli arengando a un grupo de pasajeros escasamente vestidos.

—¡Reflexionad sobre las palabras del fantasma! ¡Anuncian peligro! Estamos yendo hacia días y noches de duda, de incertidumbre, incluso de angustia. ¿Todo esto no es maravilloso? Este viaje, iniciado con tranquilizadora previsibilidad, en un plácido intercambio de sensaciones y pensamientos, proseguirá en una atmósfera de saludable y progresista consternación. ¿Cuál será el fin?

—Hágalo desaparecer —susurró Cecè al adjunto.

El camarote de la señorita Candida estaba en perfecto orden, salvo la cama. La sábana superior estaba apelotonada y totalmente del lado de los pies: se ve que la señorita, de forma instintiva, había arrojado la sábana contra el fantasma. Que, a su vez, era una sábana. A Cecè le entraron ganas de reír. La historia era cómica, el lado negativo era la repercusión que habría podido tener sobre los cruceristas. ¿Cómo calmar las aguas? Mientras razonaba sobre ello, advirtió dos cosas. La primera era que había encontrado la luz encendida. Por lo tanto, la señorita, apenas había visto al fantasma, había accionado el interruptor. ¿Y el fantasma se había disuelto o había seguido siendo aún visible? La segunda era que todas las cosas de la señorita Meneghetti